

TONY BÁEZ MILÁN

w r i t e r • f i l m m a k e r

Muerto pero vivo

por

Tony Báez Milán

Lo peor acerca de vivir al lado del cementerio era que los muertos siempre lo despertaban.

Especialmente los muertos nuevos:

A mitad de noche, Josué escuchó el tocar en la puerta. No quería levantarse. A las dos de la madrugada, sabía quién era. Ya le había dicho al muerto que se fuera a descansar en paz.

"No, vete", le había dicho al espanto cuatro días antes, "y que en paz descanses".

El muerto se había ido, pero al próximo día había regresado. Tocó a la puerta a las dos de la madrugada, la hora que preferían todos para aguarle el sueño a Josué.

"Es que", dijo el muerto, "se me olvidó ponerle seguro a la puerta de casa".

“Olvídate de eso”, le había dicho Josué. “Ya eso a ti no te debe importar”. Se echó a conciliar el sueño nuevamente.

No se acostumbraba. Por más que se dijera a sí mismo que eran inofensivos, que no había que tenerles miedo, que eran sólo almas en pena que buscaban atención, no podía acabar de entender.

“¿Por qué yo, Señor?” preguntaba de noche al despachar algún muerto. “Con tanta gente que vive aquí, ¿por qué yo?”

La noche del miércoles el muerto había vuelto.

“¿Qué es?!” resabió Josué desde la cama, con la almohada sobre la cara.

El muerto, afuera en el frío, se inventó la excusa. “Es que oí que hay party en la logia. Quiero ir a ver si es verdad que la novia mía ya se consiguió a otro”.

Josué se quitó la almohada de la cabeza y se sentó. El piso estaba frío y no conseguía sus chancletas.

“Eso a ti ya no te debe interesar. Qué party ni qué logia. Si había fiesta ya se acabó. Y olvídate de la novia, que ella lo que tiene que hacer es olvidarte a ti”. Recordó que el muerto era un hombre joven, el hijo de un tal don Fernando, y que había sido hijo único. “Mijo, lo siento. Perdóname por hablarte así, pero es la verdad. Vete y no vuelvas, por favor, que ustedes no me dejan

dormir. Y dile a Fufi que no joda más, que si viene de nuevo le rezo al diablo para que venga por él”.

Josué había sentido al hijo de don Fernando parado afuera en el frío por un largo rato. Al fin, poco antes de las tres de la madrugada, había escuchado el chirrido del portón de rejas.

Y ahora, la próxima noche, estaba de regreso.

“Contra, este no aprende”, se dijo Josué.

El muerto tocó de nuevo a la puerta, fuertemente.

“Mira”, le dijo Josué, sentado en la cama buscando las chancletas por las losetas frías, “deja el ruido, oye, que vas a despertar a los vecinos y entonces sí que va a haber problemas. Imagínate”, se dijo Josué, “si se asomara alguien por una ventana y viera a éste ahí al frente. A doña Cucha le daría un infarto. Al compai Eduardo se le iría el resto de la mente”.

El muerto insistió.

“No”, le dijo Josué, “síguelo. Ya yo estoy harto de estar bregando con ustedes. Me tienen desvelado”.

No oyó nada por un momento, y entonces el muerto tocó de nuevo.

“Abra, por favor”, decía el hijo de don Fernando.

“Bendito, ábrame la puerta. Salga, don Josué”.

Josué al fin consiguió las chancletas y se puso la bata encima de los pantalones cortos y de la camisilla. Le dio

gracias a Dios que vivía solo. Se dirigió a la puerta de al frente con la idea de mandar al muerto aquel al infierno.

“Bendito”, dijo el muerto afuera en el frío, “es que se me olvidó pedirle la bendición a Papi”.

Josué, caminando por la sala, sintió quietud. Era la primera vez que escuchaba aquella excusa. Creía que las había escuchado todas, pero aquella...

Se acercó a la puerta y abrió. No sabía que el muerto fuera tan joven.

“Oye”, le dijo Josué, “eso no es justo. Te debería dar vergüenza”.

“No, si es la verdad. No es mentira, sin relajo y sin na. Se me olvidó. Le juro que se me olvidó pedirle la bendición al viejo”.

“No jures nada, que en tu presente condición es un peligro”.

“¿Qué condición? ¿Que estoy muerto?”

“No, que estás todavía en la tierra, entre la gloria y el purgatorio. Es un peligro. Cuidado con lo que dices”.

Josué no sabía si los muertos que lo despertaban eran fantasmas o apariciones o zombies o qué. Nunca se atrevió tocar uno y nunca los invitó a pasar, por miedo a que no se fueran. *A un muerto no habrá quien lo bote*, pensaba. El muchacho se veía muy elegante en su nuevo gabán color crema.

Era un muchacho bien parecido. Una verdadera pena. En seguida le pareció a Josué que era buena gente.

“¿Qué size eres?” le preguntó Josué.

“¿Cómo?”

“De zapatos”.

“Oh”, dijo el joven muerto mirándose los pies descalzos. “Nueve y medio”.

Junto a la puerta Josué tenía una fila de pares de zapatos de distintos tamaños, de hombre y de mujer. Escogió uno y se lo dio. “Póntelos en lo que me visto. Yo te llevo”.

Salieron caminando en la noche, los dos con frío, el muerto y el vivo. Pasaron por las casas de los vecinos de Josué calladamente, para asegurarse de no despertar a nadie. Al llegar a la calle, caminando por la acera oscura, pudieron hablar de nuevo:

“No me digas nada”, le dijo Josué, “que no me quiero enterar. Ya sé demasiado. Un día de estos, Dios me echa para allá sólo por estar juntándome con ustedes. Pero no es culpa mía si yo vivo al lado del cementerio”.

“No, no es culpa suya. Oiga, don Josué, ¿está seguro de que no hay disco party?”

“Sí, mijo. Eso fue la semana pasada, poco después de tu—”

“No se preocupe. Se sabe que morí. ¿No hay na que hacer por ahí?”

“Tú sabes que aquí nunca hay nada, y menos por la madrugada”.

El muerto brincó y cogió una hoja de uno de los árboles alineados por la acera. Los postes de la calle, encendidos en la noche como cucubanos gigantes, atraían pequeños insectos voladores. Caminaron por la oscura acera, el vivo con las manos en los bolsillos y el muerto haciéndose cosquillas en la cara con la hoja. Se reía como un niño. Josué lo miró y le cogió más pena.

“Bueno, podríamos irnos para el río, y después a ver a tu papá”.

El joven se emocionó. “¡Ajá! ¡Vamos, vamos!” Bailó un merengue en la oscuridad, cantando su propia música. Josué le tuvo que decir que se calmara.

“Pero el agua debe estar congelada, ¿sabes? Siendo de noche...”

“No importa”, le dijo el muerto. “Me tiro de cabeza y a ver qué pasa. No voy a morirme de nuevo”.

Se fueron al río y el muerto se tiró de cabeza, desnudo. Salió al otro lado de la charca temblando violentamente.

“Tírese”, le dijo a Josué con la voz entrecortada, “que no está tan f-fría”.

"Avanza, vente y vístete, para ir a ver a tu papá".

Con todo y el horrible frío que tenía, el muerto no quería irse.

"Ven, da la vuelta, vístete y vámonos, que si empieza a amanecer estamos en líos".

El hombre dio la vuelta, caminando con dificultad sobre las piedras del río, y se vistió.

Caminaban por la carretera, cuesta abajo hacia el pueblo dormido. Aunque Josué iba callado, su acompañante no dejaba de hablar.

Que si el frío, que si el calor, que si en este pueblo no hay nada que hacer, que si la noche, que si el día, la muerte, la vida, que se sentían casi como la misma cosa aquella noche. Habló de los sentimientos de los pobres, de los sentimientos de los ricos, y de los padeceres de los muertos, que eran casi los mismos que los de los vivos. Le contó tres chismes que había jurado nunca decírselos a nadie en su vida, y a punto de contarle otro, caliente, que se trataba de ciertos vecinos suyos, Josué prefirió no enterarse. El muerto monologó, bembeteó, tiró y jaló mientras caminaban por el pueblo dormido, los gigantescos cucubanos alumbrándoles el camino, los insectos voladores revoloteando locos en la noche, los mosquitos aburando al vivo pero sin pellizcar al muerto, quien decía que a la vida la extrañaba ya, que hubiera deseado irse al río de día, que

deseaba haberse casado, que extrañaba a la novia y quería ir a ponchar pero que sabía que era imposible, que anhelaba ver el sol pero que sabía que era imposible, que se quería montar en un carro público de nuevo, tirarse en la arena de la playa tibia, volar una chiringa como cuando era chiquito, con Papi, siempre solo con Papi pero contento, que quería comer morcillas y mollejas en escabeche, que deseaba darse un buen maví y comprarse un coco por cualquier carretera, que quería ir a las Fiestas Patronales de nuevo y vomitar en el gusano, mareado, ¡mareado!, Señor, Dios mío, Dios santo y cruel por haber inventado la muerte, pero que quería más que nada volver a ver a su padre para pedirle la bendición que se le había olvidado.

No se dio cuenta que habían llegado a su casa.

"¿Aquí es, verdad?"

"Sí", dijo el muerto.

"¿Cómo hacemos?"

"Él duerme con la ventana abierta".

"Bueno, ve".

Le dieron la vuelta a la casa. Dentro del cuarto dormía un hombre muy viejo, con unas lágrimas saliéndole del sueño. Al pedirle la bendición su hijo, por una ventana, el viejo habló, todavía raramente dormido:

"Dios te bendiga, mijo".

Josué llevó al muerto al cementerio y lo dejó en el gran portón que separaba a las tumbas de las casas.

“Gracias, don Josué”.

“A la orden. ¿Cómo es que tú te llamas?”

“Ismael. Yo me llamo Ismael”.

Se miraron por un momento, Josué con las manos en los bolsillos, Ismael diciéndole que comprendía.

“Ismael...” Antes de que se fuera, Josué le iba a preguntar por qué siempre venían a buscarlo a él. “No, nada. No le hace”.

Ismael se adentró en el cementerio. Josué lo observó por un rato. El liso mármol de las tumbas brillaba en la noche fría. Había un olor a flores. La luna velaba el sueño de los difuntos, sentada en el monte que quedaba tras el cementerio, callada y brillante como las tumbas.

Josué vio a Ismael muy lejos, engabanado, caminando cuesta arriba, buscando la tumba abierta. Y Josué pensó que si nunca la encontraba no importaba, porque aquel muerto estaba más vivo que mucha gente que él conocía.